

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACION QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

SUCEDIDO

El oro de la reacción

Curiosamente examinaba el portero al joven que acaba de llamar á la puerta de la residencia. Alterados estaban aquellos días los ánimos. Los periódicos radicales recrudescían sus ordinarios ataques á clérigos y frailes y la multitud, azuzada por sus retóricos apóstoles, agitábase tumultuosa por calles y plazas, creyendo destruir el negro poder reaccionario, con que se la amenazaba, dandogritos, cantando coplas y rompiendo cristales. Prudentemente, pues, obraba el hermano portero siendo cauto en la admisión de visitantes.

El que á la puerta se encontraba era un joven próximo á la madurez, delgado, pálido, de barba rala y bigote de guías muy empinadas. Lucía aparatosas joyas falsas y lentes de oro, de gruesos cristales y con cordón negro. Parecía, por su exterior, de espíritu ligero, nada torpe, despreocupado y presuntuoso. Después de mirarle fijamente, le dijo el hermano:

—¿Qué deseaba V.?

—Ver al Superior, repuso el interrogado, con una sonrisa que queriendo ser amable fué despreciativa.

—Pase.

Escasamente tuvo tiempo el joven visitante para dirigir una curiosa mirada á las sillas de asiento de paja, á los grabados religiosos y á la mesa cubierta de libros devotos del salón de recibo, cuando entró un Padre viejo, sin ser caduco, que mostraba en su mirar y en el aire todo de su persona hábito de tratar con muy diversas gentes y espíritu experimentado é incapaz de asustarse por lo que pudieran oír sus oídos ni ver sus ojos.

Saludó al joven con una inclinación de cabeza, y después de haberle invitado á sentar, ocupó una silla frente á él, y le dijo:

—Me ha informado el hermano portero de que deseaba V. hablarme.

El visitante que parecía un tanto turbado sin contestar derechamente á la pregunta, comenzó á decir.

—La campaña periodística que en estos días se realiza contra las asociaciones religiosas ha llevado ya la agitación á las calles, y fáciles son de prever las deplorables consecuencias de su continuación.

La empresa del periódico que más ha contribuido á producir la excitación popular, y que más puede hacer por extinguirla, se encuentra en un momentáneo apuro pecuniario, y sus redactores observarían una conducta llena de consideraciones con quien les auxiliara en ese pasajero aprieto de su diario...

El Padre, comprendió lo que todo aquello significaba le interrumpió sonriendo:

—Es decir, que V. me ofrece la compra del silencio de ese periódico.

El periodista, que una vez anunciada su idea pareció recobrar su aplomo, repuso, sonriendo también:

—Y no sería caro.

El religioso, dejando de sonreír mirándole severamente y señalando la puerta con su diestra, le contestó:

—No necesito saber el precio. Tenga usted la bondad de retirarse.

Un cochero de punto, bajo, grueso, de gran abdomen y cara tan excesivamente colorada que anunciaba la proximidad de una apoplejía se desayunaba, la mañana siguiente á la anterior escena, mojando concienzudamente grandes rebanadas de tostada en un vaso de café con leche que tenía en el pescante de un carruaje convertido en mesa. En tanto que comía, prestaba oído atento á lo que un compañero delgado, nervioso y excitable leía, á grandes voces, en el periódico de que era redactor nuestro joven conocido de las gafas de oro. Uno de los párrafos de más henchida hojarasca decía así:

«Esos mercaderes de conciencias que sacrilegamente se llaman compañeros del Martir del Gólgota, han pretendido sobornar las honradas plumas que ponen al descubierto sus maldades y salvan al pueblo de sus garras...»

El lector dijo con indignación, interrumpiendo su tarea:

—¡Hay que arrastrar á esos canallas de jesuitas!

—Esos, como todo el mundo, van á su negocio, contestó el grueso auriga, dejando de mascar á dos carrillos pára reír socarronamente.

¿Qué hubieran pensado éstos y otros lectores del diario radical, si el Superior de los «Compradores de conciencias» les hubiese contado su entrevista con el incorruptible escritor que destinaba su pluma á la salvación del pueblo?

L. Uriarte Lebarrios



LA MEJOR CONTESTACIÓN

A los fanáticos de las modernas libertades de pensamiento y reunión; á los que ninguna enseñanza han sacado de la sangrienta tragedia de Madrid; á los que se empeñan en que la sociedad española siga marchando por los actuales derroteros de la anarquía mansa; á los que para reprimir y extirpar el anarquismo fiero no se les ocurre otra cosa que la creación de una nueva policía; á los ciegos, con ceguera que parece incorregible, obstinados en sostener que la libertad sin trabas, sin los necesarios frenos morales y legales no tiene ninguna culpa en el horrible atentado de la calle Mayor, puede dárseles una contestación elocuentísima é irrecusable, repitiendo las palabras que ante el Tribunal del Sena, que

había de juzgar al anarquista Vaillant, pronunció su abogado defensor Mr. Ajalbeult.

Hélas aquí:

«... Ahora bien, señores jurados: ¿qué ha hecho Vaillant? Su caso es muy sencillo. Vaillant ha creído en la doctrina de la Revolución.

Al ver los favores de que ella goza y las recompensas con que se la estimula, ha creído que esta doctrina era la verdadera. ¡Ha creído que no había Dios!..., ha creído que el hombre es el maestro de sí mismo, ha creído que no hay bien ni mal en sus pensamientos y en sus deseos. Después, naturalmente, y por la pendiente de irresistible lógica, ha llegado hasta decirse: puesto que ningún pensamiento es culpable y merecedor de castigo, ninguna acción puede ser culpable ó digna de castigo. Porque la libertad del pensamiento arrastra fatalmente la del acto, puesto que el acto no es sino la prolongación, el fruto, el fin del pensamiento. Si el hombre piensa, piensa para obrar; de otra suerte, no pensaría. Y si el pensamiento no es malo (no siendo libre no podría ser malo), es inadmisibles que sea malo un acto ejecutado conforme al pensamiento. Vaillant pensaba que la sociedad actual se encuentra mal equilibrada; tenía derecho para pensar así. Pensaba que algunas bombas arrojadas en buen sitio ayudarían poderosamente á destruir el asiento actual de la sociedad y á establecerla sobre mejores bases. Tenía derecho á discurrir de este modo, y, de consiguiente, para realizar su pensamiento arrojando las bombas.

Pero ¿y los diputados que iba á matar? ¡Bah! ¿Acaso el fin no justifica los medios? ¿Acaso la Revolución no aceptó este principio de Maquiavelo? ¿Acaso Danton, nuestro gran Danton, á quien se han elevado estatuas con el concurso del Gobierno que vosotros representáis, señores Jurados; acaso Danton, repito, no dijo que *entre los nobles no había inocentes?*

Y además, ¿no es la inviolabilidad de la vida humana una especie de columpio, como decía el primer presidente Cartier? La vida humana... ¿la respetaron acaso nuestros grandes antepasados del 89... ellos, que en 14 de Julio mataron á los indefensos de Pleselles y de Launay?... ¡Y, sin embargo, el 14 de Julio ha llegado á ser

nuestra *fiesta nacional*! ¡Y los Poderes públicos decretan grandes festejos en honor de los asesinos de la Bastilla!... ¡Señores Jurados!, un poco de buena fé; ¿cómo después de tales lecciones, de tales ejemplos, cómo podría creer Vaillant que el asesinato político era un crimen? ¿Cómo pudo creer siquiera que existen acciones culpables?

Y en tanto, por obedecer á las inculpaciones del señor procurador general, ¿iríais á condenar á mi cliente? ¡No!, señores Jurados, ¡no podéis hacerlo! Mi cliente no ha hecho más que sacar, con implacable lógica, las consecuencias prácticas de las doctrinas que vosotros le habéis enseñado. En todo caso, Vaillant resultaría condenado por haber sido lógico, por haber conformado su conducta con su razón... ¡No!, repito, no podéis hacerlo, á menos de inferir el más sangriento mentís á todas las doctrinas y á toda la obra revolucionaria; á menos de que vayáis á buscar vuestras armas en las antiguas bastillas clericales!

Pero entonces, en el caso de que condenáis á Vaillant, os falta, señor procurador, un deber por cumplir: un deber imperioso, ineludible, cual es hacer sentar sobre este banco de los acusados á toda esa gente oficial que nos gobierna y nos engaña: ministros, diputados, profesores, etc... Si Vaillant es culpable, lo son mucho más aquellos que han enseñado á Vaillant las doctrinas, cuyas consecuencias él se limitó á deducir: LA JUSTICIA DEBE DE SER IGUAL PARA TODOS: Y SI ESOS SEÑORES VAN Á CONTINUAR VIVIENDO TRANQUILAMENTE DE SUS RENTAS Y DE TODOS LOS PANAMÁS, GRANDES Y PEQUEÑOS, EN NOMBRE DE LA JUSTICIA ELEMENTAL, EN NOMBRE DE LA IGUALDAD, EN NOMBRE DEL SIMPLE BUEN SENTIDO, YO VENGO Á PEDIR LA ABSOLUCIÓN DE VAILLANT.»

EL ANARQUISMO

Si en lugar de ser una enfermedad moral fuese una epidemia física y los médicos todos estuviesen satisfechos de haber descubierto las causas, no habría uno solo que discrepase del plan profiláctico y terapéutico.

Tanto más cuanto que en la medicina moderna es un principio general é indiscutible que para curar los males no se adelanta nada con atender á los efectos á las manifestaciones externas de una causa si no se busca lo que llaman *Etiología* de la dolencia y se ataca en su causa misma, en su raíz.

Y pues las raíces del anarquismo están en las malas ideas y esas ideas invocan como derecho á la vida la *libertad*, hay que suprimir radicalmente esas ideas y esa libertad en cuantas manifestaciones se relacione con ellas.

No, no es el anarquista que ejecuta el más criminal, muy al contrario,

él cree de buena fé que sus ideas son justas, son salvadoras y por ellas sacrifica hasta su vida, es un mártir, un desgraciado mas, al que hay que, si castigar, compadecer mucho.

El anarquista digno por todos conceptos del mas terrible castigo, el verdaderamente criminal es aquel que desde su gabinete, desde el periódico, desde la tribuna, desde el teatro, etc., etc., va sembrando la mala semilla, va quitando al obrero la idea de Dios para mejor manejarle en sus ambiciosos anhelos de lucro.

A estos, á estos anarquistas teóricos son á los que hay que amordazar, á los que hay que tratar sin consideración alguna, que siendo severos con ellos es el modo de evitar muchas desgracias, muchas catástrofes.

¡Pobres obreros! abominad de esas ideas, si aun os queda algo del instinto de conservación, si aun teneis dignidad; no compreis esa prensa maldita, esa prensa descreída que arrancándoos la idea de Dios os deja á merced de todas las maldades.

Obreros, creed á quien os ama con todo su corazón, como hermanos nuestros que sois.

CHARLA

—Adios, Arturo, ¿de dónde venías el domingo tan entusiasmado, hablando con tu chico?

—¿Cuál domingo, este que pasó?

—No, el anterior.

—Ah, sí, pues veníamos de la fiesta del Catecismo del Natahoyo; quiso el mi rapaz que le llevase y le llevé.

—Y ¿qué tal, os gustó aquello?

—Mucho, á mi chiquillo sobre todo.

—Claro, como que estaba en su elemento. Esas fiestas simpáticas que se hacen exclusivamente para ellos, no se olvidan nunca.

—Tiene V. razón, pero ¿qué diluvio de rapazos! si dura más el jaleo me vuelven loco. ¡Buena paciencia necesitan los señores que les dirigen para pelear con tanto diablillo!

—La caridad cristiana todo lo lleva con gusto, y más, que la ocupación de enseñar á los niños la Doctrina Cristiana es tan meritoria que bien pueden pasarse por ella todas las molestias imaginables.

—¡Y que no son malas las de luchar con chiquillos! Mire V., tres tengo yo, pues esos tres me hacen todos los dias salir de casa con un genio de doscientos mil demonios; hay veces que por pegar la emprendo á bofetada limpia con el aire.

—¡Ja, ja, ja! vaya un modo de tomar las cosas, á ese paso vas á agotarte en cuatro días. Bueno, anda, sigue contando del Catecismo.

—Cuando más se alborotó el cotarro fué al tiempo que unas señoras, muy buenas por las trazas, y unos señoritos muy amables y unos curas empezaron á repartir los premios de aplicación y asistencia, según dijeron

allí, á los rapazos. Diéronles ropas de vestir, libros muy guapos, estampas y, oiga V. ¡bollos de pan, manteca y azucar... riquísimos, según los gestos que veía hacer á los agraciados.

Y digo yo ¿de dónde saldrán todos estos obsequios? porque yo tengo oido decir que la Iglesia pide mucho y dá poco.

—¿Da poco, eh? Decir esto cuando á la vista están sus manifestaciones caritativas, sus dispendios cuantiosos en bien del necesitado, es una solemne... tontería por no llamarlo otra cosa. Ten en cuenta, además, que la Iglesia si pide es lo necesario, lo justo para las necesidades del culto y clero.... pero, ¡ah! si pide y pide mucho á Dios por los pecados de todos los hombres, de sus hijos ingratos. Aquéllos premios que tú viste repartir en el Catecismo del Natahoyo y los que se reparten en todos los Catecismos ella los da ó alguno de sus devotos hijos para que los niños se aficionen á tan útil y necesaria enseñanza cual es la de la Doctrina Cristiana y aficionándose sean después buenos hombres, honrados ciudadanos.

Quien comprende bien la importancia de este pequeño librito á la vez que el más grande, que llaman Catecismo sabe que todo es poco al fin de divulgar su enseñanza, fundamento del orden social, de la paz y prosperidad de los pueblos.

—Aun conservo yo muy guardadito el Catecismo, que daba en la escuela.

—Muy guardadito no sirve de nada, hay que leerlo, aprenderlo bien, no olvidarlo nunca. En aquellas casas, en aquellos pueblos donde las enseñanzas del Catecismo se tienen muy en cuenta reinan la paz y el bienestar, por el contrario, donde el Catecismo es despreciado no falta nunca la desgracia. La experiencia así nos lo demuestra, es más, hasta los mismos impíos lo reconocen. Se cuenta que siendo Mirabeau sorprendido por D'Alembert en los momentos que más obsesionado estaba enseñando á su hija el *Catecismo de la Doctrina Cristiana* contestó con el corazón de padre al amigo que rudamente le increpaba la inconsecuencia: «Entended, D'Alembert, que la enseñanza que doy al pueblo no la quiero para mi casa.»

—Pero qué pícaros son todos esos que tiran contra la Religión; quieren perdernos á nosotros y salvarse ellos.

—Vive alerta contra toda esa gente y vivirás bien. No hagas caso de sus enseñanzas y serás feliz.

—Mire V. yo voy á meter el mi rapaz en el Catecismo y ya cuidaré bien de que no lo pise.

—Es un deber de padre procurar para sus hijos la enseñanza religiosa, única, como te dije antes que salva á los individuos y á los pueblos, pues al hombre sin Dios es imposible gobernarle, según frase del gran Napoleón, ya tú ves, de Napoleón un guerrero ambicioso y poco afecto hasta

última hora que comprendió su error, á las cosas de religión.

Con que no lo olvidéis; Catecismo, mucho Catecismo; él es nuestra ánco-
ra de salvación, el cimiento de toda
buena sociedad, y no la mucha edu-
cación científica, el saber mucho de
cosas del mundo. Acabas de ver una
prueba más de esto que te digo en
el autor del último atentado anar-
quista, Mateo Morrals, atentado que
repugna á la conciencia honrada; Mor-
rals era instruído, daba conferencias,
era de porte distinguido y por añadidura
rico y, no obstante, fué un crimi-
nal, ¿qué le faltaba á este hombre
para ser honrado, para ser feliz? El
Catecismo de la Doctrina Cristiana.

—Mucha verdad, mucha verdad;
separarse de él es perderse.

EL ATEO

Rico, robusto, al parecer dichoso,
cansado de reír y de gozar,
con acento soberbio y orgulloso
—¡no hay Dios!!—le oí gritar.

Pálido, demacrado y harapiento,
de uno que fué su igual marchando
(en pos,
le he escuchado decir con triste acen-
(to:
—¡Una limosna por amor de Dios!

R. SOLANO.

EL MATONISMO

Lo enseña la Historia: sólo la bar-
barie ó el sensualismo refinado, «pa-
sado por alquitaras del infierno»,
pueden explicar satisfactoriamente
como la causa, el efecto, esa tremen-
da y terrorífica plaga del matonismo,
que vierte á torrentes la sangre hu-
mana multiplicando los crímenes ca-
da vez más atroces, más horribles y
nefandos.

Y esto también es enseñanza de la
maestra de la vida: únicamente la Re-
ligión verdadera, fuente purísima de
la única moral verdadera, es incom-
patible, por contradictoria en abso-
luto y absolutamente, con la barba-
rie y con el crimen, y por tanto, el
único eficaz remedio del matonismo
brutal y criminal.

La razón es ésta:

Un hombre, verdaderamente cris-
tiano, ilustrado con las verdades de
la fé y obediente á los mandamien-
tos divinos, es imposible que sea crimi-
nal, aunque sujeto á las flaquezas
de la carne y á las tentaciones del
pecado. Y viceversa, un criminal no
es un hombre religioso.

«Cuando el principio de la Reli-
gión—dice Bordaue—viene á des-
truirse ó alterarse en un alma, no
hay que buscar ya en ella ni regla de
conducta ni honestidad de costum-
bres, á lo menos de una manera cons-
tante y general.»

¿Qué hay, pues, que hacer con el
hombre en tal estado? ¡Regenerarlo!

Volver á restaurar en su alma el prin-
cipio de la Religión, por la persua-
sión y por la expiación; con la cate-
quesis, que es enseñanza, y la peni-
tencia, que es medicina y pena que
corrige y ejemplariza; esto es, por la
restauración de la justicia en el foro
interno, que es restauración del de-
recho en el foro externo. Un Estado
católico puede y debe remediar el
desorden que todo crimen supone y
revela, llevando las diferentes penas
legales allí donde se manifiesta algu-
no de los diversos delitos; pero debe
también no sólo castigar, sino preven-
ir, cooperando, con los medios que
le son propios, á que la Iglesia de
Dios edifique ó componga y recom-
ponga en las almas que lo necesiten
el principio de la Religión, para que
otra vez sea en ellas constante y ge-
neral la regla de conducta (los man-
damientos divinos) y la honestidad
de costumbres.

Los que por cualquier motivo, nun-
ca racional, prescinden de la Reli-
gión y su virtud, ponen el dique in-
franqueable al progreso del matoni-
smo y de toda otra especie de crimi-
nalidad, en la educación y en una se-
vera policía sobre el uso de armas.

Si por «educación» se entiende, no
el saber muchas cosas sino aquellas
verdades prácticas que rigen la vida
humana, y por tanto el conjunto de
deberes que tenemos para con Dios,
para consigo mismo y para con el
prójimo, según los propone é impo-
ne la Religión verdadera, nada se po-
drá objetar.

Más si por educación se entiende
el saber humano por solo los medios
naturales, el conocimiento de las co-
sas que son dentro del orden natural,
lejos de ser esto un remedio puede
ser un incentivo más poderoso para
el egoísmo y un arsenal más abun-
dante para la bestia humana, que con
mayores recursos será siempre más
temible.

La policía sobre uso de armas es
una prevención, un medio higiénico,
si vale decirlo así; pero no un reme-
dio, no un fin terapéutico. Sin em-
bargo, su oficio es necesario; y cons-
tituye un gran deber político, mayor
cuanto mayor es el grado de civiliza-
ción de un pueblo.

Para los fines fiscales ó rentísticos
(los de aumentar la tributación y con-
siguientemente los ingresos en las
arcas del Estado) el uso de las armas
está hoy bastante restringido, no sólo
requiere la obtención, mediante pa-
go, de licencia, para poder usar ar-
mas, sino que el comercio no es li-
bre, en cuanto se exige á los fabri-
cantes el permiso ó autorización gu-
bernativa para remesar armas y pro-
yectiles. Nosotros aún pondríamos
mayores dificultades, prohibiendo á
los comerciantes al por menor ó de-
tall que vendiesen armas, ni blancas
ni de fuego, á los menores de edad;
ni tampoco á los mayores, si previa-
mente no presentaban la licencia pa-
ra usarlas; y exigiendo á esos mismos

comerciantes que llevasen un libro
registro, siempre á disposición de la
autoridad y de la policía, en que
constasen el nombre, la edad, la ve-
cindad, clase y número de la cédula
personal y de la licencia de armas y
fecha de estos documentos que el
comprador tendría que exhibir para
adquirir dichas armas.

¿Pero y la navaja? El infame é in-
famante instrumento que es el que
más frecuentemente se esgrime en la
riña, en la venganza, en el atraco...
¿cómo se vá á vedar, como se ha de
impedir ó limitar su uso, siendo co-
mo es á la vez que un arma un ver-
dadero útil ó herramienta de trabajo
para muchos honrados campesinos y
otros trabajadores de la ciudad?

¡Que no sea de muelles, que no
tenga virola para fijar la hoja en el
asta ó mango que la convierta en pu-
ñal, que no sea calada, que no tenga
punta, que no sea larga...! Todo esto
lo prohíben las leyes. ¿Y qué? ¡Si aún
no siendo así la navaja, es siempre
acero pronto á herir ó matar!

Llena está nuestra ingente Colec-
ción Legislativa de leyes, de reales
decretos y reales órdenes y circula-
res... ¡y la navaja se esgrime más ca-
da día: en lucha alevosa y aun contra
inermes mujeres y hasta contra ino-
centes niños; la navaja no reconoce
hoy ni ley ni obstáculo; su filo corta
toda subordinación y todo respeto;
es verdaderamente anárquica y bár-
baramente independiente.

¿Qué hacer? ¿Cómo enfrenar el sal-
vaje matonismo? Claro es que previ-
niendo, y en su caso, castigando. Pe-
ro esto no basta. Hay que enseñar al
iracundo y al vengativo, que la ira
por vicio, esto es, que desea la ven-
ganza injusta, de cualquier modo,
por propia mano y contra el orden
de razón y contra el derecho estable-
cido, no sólo es un delito castigado
aquí, en la tierra, con pena transito-
ria (¡aunque sea la de muerte ó últi-
ma pena!) sino también un pecado
capital, gravísimo, castigado por Dios
con pena terrible y eterna! ¡El temor
de Dios es el principio de la sabidu-
ría y del orden!

BONIFACIO.

CASTIGO DE LA BLASFEMIA

1.º Los diarios católicos de Francia
refieren el siguiente acontecimiento: Acaba
de suceder en Rerchtölgaden (Tirol) una
de esas casualidades que no lo son. En
cierto café se había divertido un jóven muy
despreocupado haciendo larga chacota del
dogma de la Inmaculada Concepción de la
Virgen. Vaciadas las últimas botellas, mon-
tó á caballo para volverse á su pueblo; mas
he aquí que al aproximarse á una estatua
de la Virgen Inmaculada, que se hallaba
junto al camino, el caballo le arrojó con
tanta fuerza contra el pedestal de la Virgen,
que el desdichado blasfemo se quedó allí
como muerto, bañado en sangre, con la
cabeza rota y el pecho hundido. Murió dos
días despues sin recobrar el conocimiento.

2.º Leemos en un diario de Neuenburg,
periódico protestante por más señas, que

un blasfemo llamado Juan Ritter, se jactaba en una casa de huéspedes de Dürgraben, delante de gran número de personas, de blasfemar impunemente contra Dios, y que mostró su bárbaro atrevimiento blasfemando tan horriblemente, que los que le oían se quedaron sobrecogidos de temor. De repente cesaron las blasfemias; el infeliz se había quedado súbitamente mudo.

3.º En Febrero de 1847 se hallaban varios obreros comiendo en una posada de Goupillères Renfengères (Sena inferior), y como el mesonero reconviniese á uno de ellos porque blasfemaba, otro de los obreros replicó enojado que no había Dios, y comenzó á vomitar las más horribles blasfemias. El mesonero, llamado Levaillant trató de calmar aquel frenesí con palabras blandas; pero el obrero respondió con este sarcasmo: «¡Vuestro Dios! Yo voy á cenar esta noche con él.» En el mismo, mismísimo instante que dijo esta burla, cayó en aquella casa un rayo que se cebó solamente en aquel bárbaro sacrilego, el cual cayó en tierra y repentinamente muerto. (Vaix de la Vérite 17 de Febrero de 1847)

4.º Refiere De Segur que en 1849 se hallaban dos amigos en una taberna de Caén, que estaba muy cerca de la iglesia. Cuando uno de ellos oyó las campanas que tocaban á Misa, vomitó mil blasfemias contra la Religión, y tomando un vaso desafió á Dios, diciendo; «Si hay Dios que me impida beber este vaso de vino.» Lo mismo fué pronunciar estas palabras que caer muerto de un ataque de apoplejía fulminante.

VIVIENDAS PARA OBREROS

Cumpliendo hoy lo que en el número anterior dejamos prometido, vean nuestros bondadosos lectores lo que acerca del importantísimo asunto que encabeza estas líneas dice «La Lectura Dominical» importante semanario católico de Madrid, que recomendamos muy de veras, especialmente á los obreros:

Lo hemos dicho muchas veces y no nos cansaremos de repetirlo: los denominados «barrios obreros», fuera de aquellos lugares donde lo exijan las condiciones de la industria, nos parece un error gravísimo de carácter higiénico y social á la vez. ¿Qué es un «barrio obrero» en una gran población? Pues sencillamente un lugar donde se relega la pobreza, apartándola del centro donde está la vida, la cultura, la limpieza y la comodidad. Es la consagración de la lucha de clases, la división del campo entre dos enemigos, el sistema de castas aplicado á la vivienda. Los odios, las envidias, los celos se multiplican así, se avivan y se sostienen de un modo perdurable. El pobre que habita en un suburbio donde apenas llegan los servicios municipales, que todos los ciudadanos pagan por igual donde no hay seguridad para las personas ni para las cosas, donde los mismos elementos naturales son mas rigurosos porque carecen de atenuación ó abrigo, y donde las casas carecen de aquellos accidentes decorativos que alegran la existencia, aquel pobre así apartado á un lugar inferior no puede menos de pensar continuamente en las calles limpias

y cuidadas del centro de la población vigiladas por las autoridades, amenizadas por lujosos comercios, con cafés teatros, colegios, plazas, jardines, lugares de recreo ó de instrucción de que todos han menester para esparcimiento del ánimo; y quien piensa en el bien á que cree tener derecho y le compara con el mal injusto á que se ve condenado, ha de ser un varón óptimo para no dar en malos pensamientos y muy negras cavilaciones. Tienen estos barrios, además otros inconvenientes de orden económico que provienen de su alejamiento de las obras, talleres, comercios, etc., donde el obrero ha de acudir á trabajar con puntualidad exigida á rajatabla, so pena de grandes responsabilidades. De modo que por cualquier lado que se miren, los tales barrios obreros no parece que tienen muy razonable defensa.

La higiene, la paz social, los supremos intereses de la religión y de la cultura, exigen que ricos y pobres convivan como hermanos. Habitando en la misma casa se conocerán y conociéndose no se aborrecerán, porque el rico verá que el pobre no es un desalmado pronto siempre al desorden y aun al crimen, y el pobre se convencerá de que no todos los ricos son insensibles, egoistas y avaros. La verdadera democracia está en esta armonía de los diversos elementos sociales cobijados por el mismo techo, disfrutando de análogas condiciones naturales y artificiales, aunque con aquellas diferencias inevitables en la vida social. Teniendo por vecino al pobre que consumo trabajo gana el pan de cada día, acaso se mire más el rico en dilapidar su fortuna y no se olvidará tan fácil y continuamente de sus deberes de caridad para con los menesterosos; y el pobre no se entregará al desorden y al vicio sabiendo que su mala conducta ha de llegar á noticia de quien le da buenos ejemplos y le protege en sus necesidades.»

Quizás otro día hablemos algo de esto mismo por nuestra cuenta.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Bibliografía.—De Morelia (Méjico) hemos recibido los primeros cuadernos de «Lira Sacra», colección de poesías religiosas de los mejores autores españoles y americanos. Las publicadas son hermosísimas, lo que prueba el exquisito gusto poético de su editor D. Alejo Romero, Presbítero, á quien desde luego agradecemos el recuerdo, deseándole el mejor éxito en tan laudable empresa.

Estas entregas ó cuadernos de 16 páginas se reparten cada ocho días.

Las personas que deseen suscribirse pueden entenderse con dicho señor en Morelia, Mich.-Mariposa, 92.

Otra restitución.—El cura párroco de uno de los pueblos de la huerta próximos á Valencia, ha recibido en el secreto de la confesión una cantidad para restituirla á cierto vecino de Foyos.

La restitución se ha cumplido, habiendo recibido la suma la persona á quien se debía, que por cierto es un lector y propagandista de *El Pueblo*.

El cual podrá convencerse por sí mismo de que no es la confesión una cosa tan perjudicial como dicen sus amigos.

Un Milagro.—El día 13 del pasado ocurrió en Toledo un hecho prodigioso. Durante la procesión de la Virgen del Consuelo, una mujer parálitica hacía mucho tiempo manifestó deseos de ver la Virgen cuando pasase por delante de su casa. Así lo hizo y repentinamente recobró el movimiento y abandonó las muletas.

El Cardenal Sancha ha abierto una información para apreciar este hecho que se considera como un milagro de Nuestra Señora.

La mano de Dios.—Hace poco falleció en Bannegón (Francia) M. Bouquet, maestro de instrucción primaria, el cual, al ser destinado anteriormente á la escuela de Eeuilly en Dun, mandó quitar el Crucifijo, al que un alumno se entretuvo en tirar piedras cuando salió de la clase, rompiéndole una pierna.

Algunos meses después, al subirse el muchacho á un árbol, se caía, fracturándose un muslo, de cuyas resultas murió.

Trasladado M. Bouquet posteriormente á Bannegón, quitó tambien el Crucifijo de la escuela, y al hacerlo, se le cayó de las manos y se le rompió una pierna.

Hace poco, yendo el impío profesor en bicicleta, tuvo una caída, y se fracturó una rodilla, falleciendo dos días después.

«El Amigo del Pobre»

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta.	7 pts. al mes
100 núms. (50 por quincena)..	4 » al »
50 » (25 » »)..	2 » al »
24 » (12 » »)..	2 » al »
10 » (5 » »)..	0'50 al »

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban, que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Epoca», San Bernardo, 23.

En Madrid, Librería de D. Enrique Hernández, Paz, 6.